

Los conflictos cardinales de nuestro tiempo y la posición del Brasil*

Este trabajo abordará en forma sucinta tres aspectos acerca de los conflictos cardinales de nuestro tiempo y la posición que asume el Brasil frente a ellos: 1) las principales características de los conflictos Este-Oeste y Norte-Sur; 2) el interés nacional brasileño ante la doble polaridad del mundo contemporáneo y 3) la posición que conviene al Brasil en el actual escenario internacional.

1. Los conflictos de nuestro tiempo. Doble polaridad

El mundo contemporáneo está afectado por innumerables problemas y conflictos, como consecuencia de los efectos conjugados de la modernización de todas las principales culturas —y la consiguiente pérdida de vigencia de los patrones tradicionales que las regulaban— y de la unificación económico-tecnológica del planeta, en condiciones de marcado desequilibrio entre la centena y media de estados nominalmente soberanos en el ámbito de los cuales se reparte la población mundial. Esos conflictos, que se deben a múltiples factores y ostentan las más diversas características, se encuentran condicionados por una doble polarización: la Este-Oeste, por un lado, y la Norte-Sur, por el otro.

Sobreponiéndose a la igualdad nominal de la soberanía de los estados contemporáneos se produce, de hecho, una fuerte polarización de los países entre dos bloques que se contraponen acerca de las respectivas hegemonías de la Unión Soviética y de los Estados Unidos. Entre ellos subsiste un impreciso campo de naciones, predominantemente del Tercer Mundo, que buscan, con diferentes márgenes de éxito, situarse fuera de un alineamiento automático con cualquiera de los dos bloques. Este es el cuadro del conflicto Este-Oeste.

Por otro lado, sin perjuicio de la unificación económico-tecnológica del mundo actual —y en verdad como uno de los efectos de esa

*Tomado de una exposición a la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados el 29 de noviembre de 1984.

unificación— las naciones contemporáneas, especialmente en relación a las que no se encuentran encuadradas en el sistema bajo hegemonía soviética, se diferencian entre un pequeño grupo de países altamente desarrollados que están ingresando en la era post industrial, la mayor parte de los cuales están situados en el hemisferio Norte, y un gran número de países insuficientemente desarrollados, predominantemente en la etapa pre-industrial, que en su mayoría están situados en el hemisferio Sur. Este es el cuadro del conflicto Norte-Sur.

Esa doble polarización del mundo se deriva de causas específicas. Sin embargo, para cada una de ellas, eventualmente se entrecruzan factores y efectos de los conflictos Este-Oeste y Norte-Sur. La especificidad de cada uno de esos dos grandes conflictos es nítidamente discernible en términos empíricos y analíticos y es ampliamente reconocida como tal.

Esto no obstante, a partir de los intereses mundiales de los Estados Unidos, hay quienes sustentan, como lo han hecho el Presidente Reagan y algunos de sus partidarios, que el conflicto Este-Oeste abarca todo. Según ese punto de vista, los problemas vinculados a la polarización Norte-Sur, se derivarían del antagonismo entre los dos grandes bloques y se producirían, de un modo general, por la injerencia subversiva de la Unión Soviética en los asuntos internos de los países subdesarrollados. Contrariamente, hay también quienes, a partir de otro sistema de intereses, (como lo han hecho el Presidente Fidel Castro y algunos de sus partidarios), sustentan el alcance del conflicto Norte-Sur. Lo que estaría en juego, en último análisis, sería un conflicto entre el imperialismo americano y sus soportes internacionales (Norte) y el empeño emancipatorio de los pueblos oprimidos (Sur), bajo el liderazgo liberador de la Unión Soviética.

Ante el imperativo de no sobrepasar los límites que fueron trazados al comienzo de este trabajo, no parece necesario dedicar mayor atención a los errados intentos de reducir a una o a otra, la doble polaridad que afecta a nuestra época. Como ya se ha mencionado, algunos de los factores y algunas de las consecuencias de los conflictos Este-Oeste y Norte-Sur eventualmente se entrecruzan, sin perjuicio de la irreductibilidad de cualquiera de ellos a otro.

El conflicto Este-Oeste

Durante largo tiempo, el conflicto Este-Oeste fue entendido como si se desprendiera predominantemente de la oposición ideológica entre el liberalismo democrático, cuya principal base sería el capitalismo americano, y el comunismo marxista-leninista, cuya base es el autodenominado socialismo de la Unión Soviética. Esa visión de

las cosas, predominante hasta fines de los años 50, sólo la sustentan hoy los abogados de las superpotencias. Actualmente, hay un consenso básico entre los estudiosos de las relaciones internacionales y la opinión pública esclarecida, en el sentido de reconocer, independientemente de la valoración positiva o negativa de los regímenes imperantes en cada una de las superpotencias, que el conflicto Este-Oeste se deriva de la existencia de ambas superpotencias y de la condición, propia de ambas, de tender a la hegemonía mundial. Por su propia condición, las superpotencias son conducidas a la disputa de la hegemonía mundial, como objetivo supremo. También tienen como objetivo mínimo inmediato la búsqueda de la preservación de la supremacía en su respectivo bloque de aliados y satélites, conjuntamente con la preservación de la propia invulnerabilidad estratégica, entendida ésta como una invulnerabilidad territorial no afectable sino que en términos de un mutuo aniquilamiento.

Al reducir a lo esencial el análisis de las principales características de las superpotencias se observará que ellas presentan rasgos bien diferenciados en lo que atañe a su respectivo régimen de poder interno y externo y, por otro lado, aspectos bastante equivalentes en lo que se refiere a la forma de relacionarse del centro de cada uno de los bloques con su respectiva periferia. En el sistema americano interno y externo el poder tiene base consensual, fundado en la solidaridad de intereses existente entre los sectores dirigentes y en la comunidad de valores que se desprende de una inserción compartida en la cultura occidental. En el sistema soviético interno y externo, el poder se deriva de una relación circular cerrada entre la ideología legitimadora y el partido que la exprime y administra. En el sistema americano, el poder tiene las características de un acuerdo contractual entre grandes accionistas de una corporación, legitimado por decisiones de asamblea general, bajo el control efectivo de aquellas. En el sistema soviético, el poder tiene las características de un mandato pontificio conferido por un colegio cardenalicio que opera en nombre y bajo la legitimación de un sistema religioso.

Observados en su interior, los bloques americano y soviético presentan una marcada equivalencia en lo que se refiere a las relaciones entre el respectivo centro y su periferia. En ambos casos la relación es fuertemente asimétrica y comprende grados de mayor o menor dependencia de las periferias con respecto al centro respectivo.

Constatada esa equivalencia básica, es importante señalar dos distinciones relevantes. La primera se refiere al centro de cada uno de los bloques. En el bloque americano hay un monocentrismo estratégico (Washington) más un pluricentrismo económico-cultural del que participan los principales países europeos. En el bloque

soviético Moscú es un centro único. Pero vemos una segunda diferencia, ya que en el caso soviético la relación centro-periferia es monolínear. Monolíticamente, comprende el conjunto de decisiones con relevantes implicancias políticas, pero deja un amplio margen en la periferia para la especificidad económica y cultural de las sociedades que la integran. Por el contrario, en el caso americano las relaciones del centro con la periferia son flexibles, permitiendo grados de autonomía variables, pero son también omnímodas y penetran en todos los dominios de la sociedad, la economía y la cultura.

Actualmente, ambos sistemas imperiales presentan un marcado contraste entre el ininterrumpido crecimiento de su poder militar y económico-tecnológico, con la rápida y creciente disminución de su legitimidad en el bloque respectivo, y también en escala ascendente, con la evaluación íntima de sus respectivos ciudadanos. Esta desproporción cada vez mayor entre poder y legitimidad envuelve innumerables y graves consecuencias, la peor de las cuales es la de incrementar la inestabilidad del sistema internacional y el riesgo de guerra. A lo largo, la historia parece encaminarse hacia la invalidación del proyecto hegemónico de cada una de las superpotencias, incrementando la autonomía de la periferia de ambos bloques y, en el caso americano, de centros alternativos en relación a Washington. Por parte de los dirigentes máximos manifiestan en ambos casos el propósito de alcanzar esa evasiva hegemonía mundial antes de que desaparezcan las condiciones que la posibilitan. De ahí el creciente riesgo que existe de desestabilización mundial y de guerra hacia fines de este siglo.

El conflicto Norte-Sur

En su esencia, el conflicto Norte-Sur resulta de la existencia de una asimetría estructural que se autoprivilegia y se autopropetúa entre los países desarrollados del Norte y los subdesarrollados del Sur. Esa asimetría se deriva de determinadas condiciones en los modos de producción de bienes y servicios y en las relaciones de intercambio así como también, en una concatenación de efectos y de causas, en las formas de producción y reproducción de la cultura, en virtud de las cuales la productividad per cápita en el Norte tiende a ser en promedio doce veces superior a la del Sur. Según casi todos los analistas, la tendencia es en el sentido de incrementar y no de reducir ese diferencial de productividad.

Las causas de ese fenómeno, todas de carácter eminentemente histórico, son varias. A fines de la Edad Media, el diferencial de productividad era prácticamente inexistente entre los principales países europeos y otras sociedades dotadas de altas culturas, occidentales o no, como las islámicas, las budistas y las chinas. Ese di-

ferencial se configura y aumenta con la revolución industrial y, en forma muy acelerada, con la actual revolución científico-tecnológico.

El caso de América Latina es particularmente interesante en el ámbito de los países subdesarrollados. Allí se encuentra de forma casi exclusiva la combinación de sociedades de cultura occidental con estructuras societales de tipo tercermundista. Para los fines de esta discusión, importa relativamente poco dilucidar las causas históricas de esa situación. Se mencionarán sólo dos importantes factores. El primero tiene que ver con los orígenes y la forma de que se revistió la colonización de América Latina. Con raras excepciones, como en el caso de Argentina, la colonización de América Latina se caracterizó por un dualismo estructural que comprende un estrato superior, constituido por el conquistador español o el colonizador lusitano y uno inferior, constituido por el indígena nativo o el esclavo importado del África. Ese dualismo estructural retardó, hasta el primer tercio de este siglo, la emergencia de una clase media independiente y más numerosa y, hasta nuestros días, la efectiva incorporación de las grandes masas al proceso civilizatorio de sus respectivos países.

Un segundo importante factor del retraso de América Latina se encuentra precisamente en el extraordinario éxito que revistió, hasta la crisis de los años 30, su economía de exportación primaria. Aquel régimen económico era tan ventajoso que, en términos de optimización capitalista, nada había que hacer sino mantenerlo y perpetuarlo, en cuanto lo favorecían las condiciones internacionales y domésticas. De ahí el relativo inmovilismo económico, social y cultural que preserva las estructuras semicoloniales de América Latina hasta avanzado nuestro siglo.

2. *Los intereses brasileños. Características básicas*

El Brasil es una sociedad occidental latinoamericana del Tercer Mundo. Esa dualidad entre la condición occidental y la de país del Tercer Mundo constituye, en términos genéricos, la característica básica del Brasil. Muchos de los principales trazos más relevantes del país se encuentran vinculados a esa condición. Así, por un lado, su élite de estilo europeo, en la que se destacan personalidades de alta calificación internacional en cualquier dominio del saber y de la técnica contrastando, por otro lado, con la condición casi asiática de las grandes masas desamparadas, que perciben sólo una fracción de la renta nacional (12% para el 50% de los más pobres) y prácticamente no tienen ninguna participación en los beneficios de la civilización brasileña.

El país es extremadamente heterogéneo y presenta datos estadísticos que, aunque dotados de bastante acuracidad, son poco expre-

sivos de su realidad, porque exprimen meras medias aritméticas, por detrás de las cuales se ocultan extraordinarios contrastes. De allí el urgente imperativo de un nuevo desarrollo económico que surja de una estrecha relación con un desarrollo social. Éste debe ser apto para convertir, con la mayor celeridad posible, las grandes masas marginales de una población productiva y participativa en todas las dimensiones de la vida nacional.

Ese ingente y urgente imperativo de desarrollo económico-social contrasta dramáticamente con las condiciones recesivas a que fue conducido el país por la coyuntura internacional de los últimos años y por la política pre-escrita por el Fondo Monetario Internacional.

El país necesita enriarse por un nuevo camino que lo conduzca a nuevas formas de desarrollo compatibles con su crecimiento demográfico, con las demandas básicas de las grandes masas y con la reestructuración y el fortalecimiento de su autonomía interna y externa.

Enfrentándose con crecientes presiones internacionales orquestadas por las agencias que imprimen unidades a los intereses de los países centrales, el Brasil necesita inmediatamente elevar su margen interno y externo de autonomía, reduciendo proporcionalmente su vulnerabilidad internacional. En un mundo de liberalismo de mano única, en que países internacionalmente competentes están protegidos por su condición de superpotencia o por engañosas concertaciones regionales, el Brasil se encuentra indefenso, aplastado por el peso de su deuda externa e inhibido domésticamente por los aliados objetivos dentro de nuestra propia ciudadanía, de imperialismo y de neocolonialismo de los países centrales, de adoptar las políticas defensivas de que carece ahora.

Por otro lado, la particular situación del Brasil como país ya ampliamente industrializado de forma todavía incompleta, que acarrea en sí gigantescas manchas de atraso y de pobreza, hace que nuestro país constituya un caso bastante singular en el escenario internacional. Nos están siendo impuestos los costos de un desarrollo que aún no terminamos y que nos está privando de los beneficios de un subdesarrollo, los que aún no logramos superar.

Una de las consecuencias características de esa ambigua dualidad de la condición brasileña es el hecho de que hoy somos portadores de intereses de orden universal, que trascienden el parroquialismo doméstico y el regional, sin que en tanto dispongamos de recursos apropiados para la defensa universal de nuestros intereses.

El Brasil y el conflicto Este-Oeste

El Brasil es un país de cultura y de estilo de vida occidentales, profunda e irreversiblemente vinculado a los valores de la tradición

helénico-cristiana. Somos y queremos ser una sociedad abierta, fundada en el principio de la libertad y de la racionalidad, aspirando a instituir una igualdad básica entre todos los hombres y a organizarnos políticamente bajo la égida de una democracia social, preservadora de los derechos individuales y celosa de la protección de los intereses sociales.

Confrontados con el conflicto Este-Oeste, tenemos antes que todo que proceder a una juiciosa desagregación de valores e intereses, que preserve nuestro compromiso con la occidentalidad sin envolvernos en satelitismos, que contribuya a la mantención de la paz y de un equilibrio estratégico que evite el incontrolable predominio de cualquiera de las superpotencias, sin hacer peligrar el campo occidental.

Frente a inmensas presiones externas derivadas de nuestro excesivo endeudamiento y de nuestra continuada dependencia de la importación de petróleo, tenemos que reducir significativamente nuestra vulnerabilidad internacional si queremos preservar y ampliar nuestra autonomía interna y externa. Hay que ejercitar con lucidez y determinación el margen de autonomía de que ya disponemos si deseamos ampliarla y reducir nuestra vulnerabilidad internacional.

El Brasil y el conflicto Norte-Sur

Como país occidental del Tercer Mundo somos profundamente solidarios con el conjunto de países que lo integran, especialmente los de nuestra propia región, América Latina. Esto no significa que nuestros esfuerzos de desarrollo puedan ser emprendidos en procedimientos conjuntos con los restantes países del Tercer Mundo o de la propia América Latina. Sin perjuicio de las ventajas de un multilateralismo bien entendido como parámetro defensivo de los intereses generales del Tercer Mundo, y en especial de América Latina, el Brasil debe tener iniciativas autónomas y propias para la promoción de su desarrollo, adoptando las políticas apropiadas para la consecución de tal objetivo.

Lo que se desprende de nuestra condición de país del Tercer Mundo es la comprensión de que nuestros intereses deben ser formulados y defendidos en términos que, en principio, convengan también a aquellos países del Tercer Mundo y de América Latina que dispongan de condiciones semejantes a las nuestras. Esto no es por razones de una ética abstracta, sino por motivos de una lúcida comprensión de nuestra propia realidad.

Por otro lado, no se trata de esperar o depender de los demás. Sólo se trata de no ceder a la falacia de composiciones supuestamente astutas con países centrales, que se efectúan al precio de traicionar los intereses generales del Tercer Mundo o de América Latina,

como si no fuésemos estructuralmente miembros de esos mismos universos. Es cierto que el Tercer Mundo es una condición que no es deseable y que, si bien ostenta las características positivas de las sociedades que lo integran es, como condición genérica, algo que debe ser superado precisamente por las formas genuinas de desarrollo. Pero éstas requieren el realismo de la propia condición y del pleno entendimiento de que la superación del subdesarrollo no se logra por astutos cambios o mudanzas de vestuario, sino por modificaciones estructurales de las relaciones productivas, de manera interna e internacionalmente.

Nuestra condición de país del Tercer Mundo nos debe por tanto conducir a una activa contribución, en el sentido de preservar y ampliar el margen de autonomía internacional y de no alineamiento automático internacional con cualquiera de las superpotencias. Para el caso no importa si, como sociedad occidental, nuestra evaluación de los dos bloques en confrontación es favorable socioculturalmente al bloque occidental. Para esos efectos no están en juego nuestros compromisos con los valores del Occidente y el estilo de vida que se deriva de ellos. Bajo ese aspecto, lo que está en juego es una mecánica internacional del poder donde, independientemente de nuestras preferencias culturales, tenemos que comprender en forma lúcida que nuestro margen de autonomía depende de la medida en que persista un básico equilibrio internacional entre las superpotencias y sólo en tales condiciones se puede expandir.

En verdad, en un mundo marcado por la capacidad de aniquilación recíproca de que están revestidas las dos superpotencias, solamente la emergencia y el fortalecimiento de un tercer grupo de países genuinamente interesados en la preservación de la paz y en la instauración de un orden mundial más económico podrá salvar al mundo de su autodestrucción o conducirlo a una ordenación pacífica y consensual, optimizante para todos los pueblos.

3. *La posición del Brasil. Reducción de la vulnerabilidad*

La actual posición internacional del Brasil está marcada, como ya se indicó, por una alta e inaceptable tasa de vulnerabilidad. Dependemos de nuestros acreedores para la rotación de una deuda del orden de los us\$ 100 mil millones, en una especie de círculo vicioso, que sofoca nuestra economía y nuestra sociedad, pero con una rotación de la cual mantenemos nuestra capacidad de importar la elevada parcela de petróleo exigida por el consumo doméstico.

Es evidente la necesidad de modificar este estado de cosas, tanto en el sentido de una renegociación de la deuda que la compatibilice con nuestros requisitos económico-sociales básicos, como en el sentido de reducir nuestra dependencia de un petróleo de proveniencia externa, pagable en moneda dura.

La experiencia del Brasil y de otros países en el pasado reciente indica que el margen de reducción de los gravámenes de la deuda externa susceptible de ser alcanzado por vías convencionales de negociación es extremadamente reducido. Tal circunstancia no deriva de la malevolencia de parte de los acreedores sino simplemente del hecho de que los Estados Unidos, en virtud de condiciones que les son propias, fueron llevados a la singular posición de ser, al mismo tiempo, nuestros principales acreedores y los determinantes, unilateralmente, de la tasa de interés. Por parte de las autoridades americanas no existe ciertamente el malicioso propósito de elevar la tasa de interés para aumentar las ganancias de los bancos a costa nuestra. Lo que existe es una deliberación, completamente indiferente a sus repercusiones internacionales, para contener la inflación americana en niveles extremadamente bajos y para inducir un flujo positivo de recursos líquidos para el dólar, de suerte de compensar el déficit americano de la balanza de pagos y del tesoro nacional. Tales objetivos están siendo alcanzados con éxito mediante la mantención de una elevada tasa de interés y todo indica que así continuará sucediendo en un futuro previsible.

Ante tal perspectiva es evidente que el Brasil, para reducir su vulnerabilidad internacional, necesita adoptar medidas que no sean simplemente fruto de la buena voluntad de nuestros acreedores. La llave para esas medidas es la formación en América Latina de un polígono estratégico de resistencia que comprenda mediante apropiada concertación, juntamente con el nuestro, países como Argentina, México, Venezuela y Colombia, para citar los más obvios. Necesitamos urgentemente estudiar la posibilidad de un acuerdo de cooperación y asistencia recíproca entre un limitado número de países de América Latina, de suerte que, trazando un importante número de intercambios para un régimen de convenio entre tales países, logremos un importante margen de sustitución regional de insumos y productos que están siendo importados en dólares. Esto significa ampliar nuestras disponibilidades líquidas para importaciones estratégicas y, consiguientemente, reducir de forma correspondiente nuestra dependencia de nuevos créditos y de una rotación ortodoxa de la deuda. Como consecuencia de tal situación, reduciremos significativamente nuestra vulnerabilidad internacional y, por lo tanto, elevaremos de forma correspondiente nuestra capacidad de negociación externa.

Se añade a esto, como en su tiempo lúcidamente lo comprendió el Barón de Rio Branco, que todo esfuerzo de reducción de la vulnerabilidad internacional debe estar acompañado, dentro de una evaluación realista de las condiciones internas y externas, de un correspondiente esfuerzo de modernización de nuestras Fuerzas Armadas. En verdad, una de las importantes consecuencias del proceso

de democratización consistirá en devolver a nuestras Fuerzas Armadas a su principal objetivo, que es la defensa externa del país.

Uno de los calamitosos efectos de las dictaduras militares es, paradójicamente, el debilitamiento de las Fuerzas Armadas como agencia de defensa externa. Indebidamente inmiscuidas en problemas de ordenación interna de la sociedad, adquieren un sentido policial que las desmoraliza y pierden su verdadero sentido militar, lo que las debilita. Debemos librarnos de una vez por todas del sentido policial, pero precisamos mucho del sentido efectivamente militar de nuestras Fuerzas Armadas. Necesitamos un ejército moderno, capaz de inviabilizar cualquier propósito de ocupación externa del país. Debemos tener una aeronáutica y una marina altamente eficientes, capaces de disuadir a las potencias extranjeras de repetir lo que recientemente ocurrió en el archipiélago de las Malvinas. En la hora de las negociaciones difíciles no basta acumular saldos de comercio exterior y disponer de fuentes alternativas para eliminar insumos y productos esenciales. Es preciso también inviabilizar la amenaza a la práctica de experimentos piratas que podrían, con bajos costos militares o con el empleo de aventureros internacionales, hacernos perder por la fuerza lo que estuviésemos en vías de ganar por la negociación.

Universalidad selectiva

El Brasil, como ya se dijo, se encuentra en una etapa final de su transición hacia el pleno desarrollo. Esto, entre otras consecuencias, conduce a tener intereses universales antes de disponer de los recursos apropiados para administrarlos y defenderlos. Esa situación particular de nuestro país exige una solución adecuada, que no consiste en una restricción maltusiana de nuestros intereses, cohibiendo nuestro crecimiento, ni en una jactanciosa omnipresencia internacional que superaría nuestros medios y dilapidaría nuestros escasos recursos.

En verdad nuestra política exterior —competentemente conducida por el Canciller Saraiva Guerrero, según la línea de pragmática lucidez iniciada por San Tiago Dantas— ya delineó el camino que se seguirá en este asunto. Se podría denominar este camino como de universalidad selectiva. No podemos tener en todas partes del mundo una presencia extremadamente dinámica, pero podemos optar por una selectiva actuación universal (como ya lo estamos haciendo). Esa universalidad selectiva privilegiará a América Latina como región y nos llevará a una concertación particularmente estrecha con Argentina y un cierto número de países con los cuales formaremos un polígono estratégico de cooperación y asistencia recíproca. Esta misma política nos llevará a mantener relaciones particularmente estrechas con Alemania Federal y los países latinos de

Europa. Nos llevará también a una gran colaboración con Nigeria y los países lusoparlantes de África, a desarrollar un gran intercambio con la República Popular China y a tener interlocutores más cercanos a nosotros en el Norte de África y en el Golfo Pérsico.

Pluralismo con los Estados Unidos

Al concluir estas consideraciones desearía señalar que, en el actual escenario internacional, ninguna ilustración válida de cómo pueden ser encaminados apropiadamente los intereses nacionales brasileños podría dispensar una breve referencia a nuestras relaciones con los Estados Unidos. Lo que presta particular relevancia a esa cuestión no es sólo el hecho obvio de que los Estados Unidos serán la potencia dirigente del sistema occidental y, a *fortiori*, del sistema interamericano. Lo que imprime particular relevancia a nuestras actuales relaciones con los Estados Unidos es el hecho de que los términos de ese relacionamiento se han modificado veloz y profundamente en estos últimos años, sin que de parte a parte haya habido una suficiente toma de conciencia de las nuevas realidades.

En síntesis, lo que parece caracterizar actualmente el nuevo modo de relacionamiento del Brasil con los Estados Unidos, se caracteriza por el hecho de que nuestros intereses profundos se volvieron mucho más importantes y más efectivamente comunes en cuanto a la administración de nuestros intereses coincidentes y frecuentemente en conflicto, si bien no estructuralmente antagónicos.

Nuestros intereses profundos se volvieron más importantes y más efectivamente comunes porque el Brasil consolidó definitivamente su opción socioeconómica por un modelo occidental, dentro de un capitalismo moderno encaminado hacia una sociedad abierta, bajo el control regulador de un estado social-democrático. El Brasil, como España hace un par de años, se encuentra en el umbral del ingreso a una modernidad occidental, consensual pero dotada de un profundo propósito de equidad social. Esto hace del Brasil no sólo una sociedad occidental sino también una sociedad con modos occidentales de producción y de intercambio. Y ahí se encuentran los intereses profundos que compartimos con los Estados Unidos, independientemente de la cuestión, de carácter aleatoria y pasajera, de la retórica gubernamental que ocasionalmente prevalecía en cada uno de los dos países.

Por otro lado, dejó el Brasil de ser una sociedad agraria que reaccionaba en forma pasiva a los estímulos provenientes del escenario externo para convertirse —a despecho de sus amplias y lamentables áreas de atraso— en una sociedad industrial activamente relacionada con los mercados mundiales, expandiendo y diversificando su capacidad de exportación cada vez más orientada hacia manufac-

turas y servicios de alta tecnología. Tal circunstancia convierte al Brasil en un competidor de los Estados Unidos en muchas líneas y en muchos mercados, inclusive en el propio mercado americano y, dadas las dimensiones del país, hacen que esta competencia sea más sentida y resentida que la de muchos países europeos. Los Estados Unidos todavía no han ajustado su imagen del Brasil a la nueva realidad del país y tienden por eso a reaccionar frecuentemente bajo la influencia de irritaciones e intereses coyunturales. Lo que importa es que comprendan la necesidad de abrir un espacio suficientemente amplio para el Brasil, de suerte de permitir una inteligente administración mutua de conflictos, que no afecte la compatibilidad de profundos intereses comunes.

Frente a esas nuevas y complejas modalidades de relacionamiento con los Estados Unidos cabe al Brasil tomar, por su parte, las iniciativas que compatibilicen los conflictos coyunturales con la preservación de los más profundos intereses comunes. Esas iniciativas significan un nuevo enfoque diplomático, que ponga en evidencia las realidades ya mencionadas. Pero, en verdad, significan más que un nuevo modo de relacionamiento diplomático, porque está en juego la existencia de una multiplicidad de esferas de vinculación que no pueden ni deben ser reducidas a las conexiones en el plano diplomático, por mucho que éste sea el predominante. Eso ocurre especialmente en relación a una sociedad como la americana, caracterizada por una elevadísima tasa de autonomía de sus subsistemas internos.

Indicaré aquí solamente la necesidad de tomar en cuenta otros tres planos de vinculación externa, además del plano diplomático, en cada uno de los cuales actúan protagonistas diferentes. El relacionamiento con la comunidad de negocios, que sitúa las transacciones comerciales y financieras en el ámbito despolitizado de la contratación privada. El relacionamiento con la comunidad científica, que sitúa el intercambio científico y tecnológico en el ámbito no comercial y despolitizado de las relaciones interacadémicas y, finalmente, el relacionamiento con las fuerzas progresistas de los Estados Unidos, portadoras de una de las más altas tradiciones liberales del mundo, que asegure un amplio espacio de diálogo y de cooperación entre brasileños y norteamericanos, no mediatizado por el Estado, la comunidad de negocios, ni las instituciones académicas, sino dotado de un proyecto social y humano de alcance mundial. De la vigencia de éste dependen, en último término, la paz internacional y la salvación del mundo.